

# Kronstadt y el Gulag: realidades fuera de una ideología

"No sé cómo fue, pero a la primera mirada que eché al edificio invadió mi espíritu un sentimiento de insoportable tristeza."

*La caída de la Casa Usher.*

Edgar Allan Poe

Por ORESTES R. BETANCOURT PONCE DE LEÓN

Mito e Historia son Jano, dos rostros de una misma obra: la humana. Se pierden en el tiempo y cambian roles, hoy los dioses del Olimpo moran en libros, pero Troya recobró vida, salió de la Iliada para materializarse cuando Schliemann mostró al mundo sus murallas; era real. Se confunden, pero no son iguales. Imposible.

Claude Lévi-Strauss elaboró una teoría sobre los mitos según la cual estos están estructuralmente determinados por unidades en oposición simétrica: sol-luna, nacimiento-muerte, odio-amor. El bien y el mal pueden ser perfectamente definidos en su lucha constante, pero este principio del zoroastrismo no es aplicable a la Historia. El maniqueísmo religioso, político y nacional ha sido el autor intelectual de las tragedias de la humanidad.

Así, entre lo que es realidad y ficción, el hombre se recicla en una espiral ascendente. Retrocede, pero nunca al mismo lugar; los contenidos cambian, pero no las formas. Sobre esta cuerda: el mundo grecolatino, el Medioevo, que da paso al Renacimiento, y en un ir y venir constante el siglo XX. Oscuro y claro, simbiosis ecléctica de lo precedente. De sus actores creo que el más contradictorio e interesante fue la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Esta –deseo destacar–, a pesar de haber fracasado, tuvo sus éxitos, pues fue capaz de salir del semifeudalismo y convertirse en superpotencia.

Vayamos al inicio. Marx analizó la sociedad capitalista y demostró al mundo su esencia explotadora. Como cura a este mal



llegó a la conclusión de que el proletariado debía establecer su dictadura después de la revolución, la batalla final entre las clases. En comparación con la sociedad que le tocó vivir, apenas escribió sobre la sociedad de nuevo tipo, y lo más importante: cómo edificarla. En el *Manifiesto Comunista*, y un poco más en *Crítica del Programa de Gotha*, hace sus principales bosquejos. Algunas de las predicciones de Marx se cumplieron –la internacionalización del capital-, otras no –la revolución en los países industrializados de Europa-, y varias le faltaron –el surgimiento de una nueva y peculiar clase, la burocracia; un nuevo tipo de enajenación, la del individuo que vive en una sociedad donde las estructuras de poder funcionan y responden a manos de un grupo ya establecido, así estas estructuras le sean extrañas o se le enfrenten, así lo quiera él o no; y la más importante, la perversión de sus ideas como cimientos de un mito.

El 25 de octubre de 1917 -fecha según el calendario Juliano, 7 de noviembre según el calendario Gregoriano- comienza la mayor transformación social de la historia. Las masas cambiaron radicalmente su función política y comenzaron a desempeñar un papel activo. La clase obrera y el campesinado trabajador tomaron el poder y se crearon las bases reales para encarnar los ideales de la libertad, la paz y el progreso social.

Así, o de manera semejante, comienza cualquiera de los manuales que nos llegaron de Ría Nóvosti o de Editorial Progreso. Aplicando el análisis estructuralista del antropólogo francés, este enunciado sería la consecución de la Utopía de Tomás Moro, pero, ¿y la distopía? No todo es perfecto y veamos dos hechos que así lo demuestran, uno espontáneo y otro planificado, para clasificarlos de alguna manera. El primero pudiera ser discutible, la tensa situación en que ocurrió, pero el segundo no tiene defensa posible.

El "comunismo de guerra" fue el paliativo a la guerra civil y la intervención extranjera. Esta política de contingencia trajo excesos, fundamentalmente en el campo, donde hubo fuertes levantamientos como el de la región de Tambov. En 1920 se diluyen los sindicatos y en 1921 desaparece la llamada Oposición Obrera; ese mismo año se desencadena el primer gran choque entre el poder bolchevique y el malestar obrero<sup>1</sup>. Los marinos de la base de Kronstadt (isla Kotlin, Golfo de Finlandia) exigieron: la inmediata realización de elecciones mediante voto secreto en los sindicatos –se habían creado nuevos-, a partir de que los vigentes no expresaban la voluntad de los obreros y campesinos; libertad de reunión y de organización sindical; una comisión imparcial que revisara los casos de prisioneros en cárceles y campos de concentración, y otras 13 demandas más. Ante los líderes de la revolución se presentó una disyuntiva muy real. ¿Era posible que los genuinos representantes del proletariado, una vez en el poder, perdieran el apoyo de este? La respuesta no se hizo esperar y los marineros la conocieron por boca de cañones y ametralladoras. Goya no lo hubiera pintado mejor, Saturno comenzaba a hacer de las suyas.

Por ese entonces Lev Trotsky era Comisario de Guerra y dirigía junto con Lenin el naciente proyecto. Quince años después en *La Revolución traicionada*, Lev escribía: "En marzo de 1921, durante la sublevación de Kronstadt, que arrastró a no pocos bol-

cheviques, el X Congreso del partido se vio obligado a recurrir a la prohibición de las fracciones, es decir, a aplicar el régimen político del Estado a la vida interior del partido dirigente. La prohibición de las fracciones, repitámoslo, se concebía como una medida excepcional destinada a desaparecer con la primera mejoría real de la situación. Por lo demás, el CC se mostraba extremadamente circunspecto en la aplicación de la nueva ley y cuidaba, sobre todo, de no ahogar la vida interior del partido".

Se aplicaron dentro del partido medidas restrictivas producto de una coyuntura *hic et nunc*, conforme mismo se aplicaban sobre el "régimen político del Estado", a diferencia de que para los segundos la situación era permanente. ¿Qué debemos entender por el "régimen político del Estado"? ¿El funcionamiento interno de este conjunto de instituciones o el poder de estas sobre la sociedad, instaurado en cierto tipo de régimen? ¿Por qué se temía "ahogar la vida interior del partido" y no la vida del Estado o la sociedad? Una página anterior escribe: "La libertad de crítica y la lucha de las ideas formaban el contenido intangible de la democracia del partido (...) La democracia se estrechaba a medida que crecían las dificultades. El partido quiso, y esperaba conservar en el cuadro de los soviets, la libertad de las luchas políticas". ¿Por qué el derecho de crítica solo era reservado a los cuadros bolcheviques y no a las masas trabajadoras? Los revolucionarios profesionales le habían secuestrado la palabra a la revolución misma.

Lenin muere prematuramente en 1924 y su llamado testamento político no es dado a conocer hasta 1956, durante el XX Congreso del PCUS. Su aprensión por Stalin no fue infundada; así lo demostró la Historia. El estalinismo es un capítulo que asombraría al mismísimo Torquemada y en el Gulag fue donde se mostró su rostro descarnado, sin maquillaje. Gulag es en ruso el acrónimo de: Central administrativa de los campos de trabajo correccionales. Sin la connotación que alcanzó en la URSS, el origen de este sistema de centros penitenciarios data del zarismo. En 1890 Antón Chéjov decide viajar a Sajalín y verlos por sus propios ojos. Escribe un libro no tan conocido, *La isla, un viaje a Sajalín*, sobre la base de entrevistas a reclusos, excepto los políticos. Dostoyevski experimentó lo que era "vacacionar" en la Siberia y nos dejó una desgarradora novela cuasi autobiográfica: *Recuerdo de la casa de los muertos*. Dos grandes dibujaron en letras lo que eran estos centros, una extensión fría de los infiernos de Dante. Luego de 1917, estos no desaparecieron y con Stalin se extendieron como varicela sobre el territorio soviético. Marx escribe que el nuevo régimen llevaría "el sello de la vieja sociedad de cuya entraña procede". No nos cabe la menor duda.

Aparentemente el Gulag cumplía funciones económicas. Para los primeros estudiosos de los totalitarismos, como Hannah Arendt, no fue así. La impetuosa industrialización y las obras al mejor estilo Keops se sufragaron a un alto costo, al precio de "sangre, sudor y lágrimas".

Parafraseando a Lincoln, no se puede engañar a todo el mundo todo el tiempo. Las denuncias se conocían, pero el mundo, y lo más importante, la izquierda bajo la influencia del Komintern, no tomaban conciencia de aquel fenómeno, producto sobre todo de



un hermetismo cuidadoso tras la “cortina de hierro”. David Russet había alcanzado fama mundial luego de dos publicaciones, la primera era una radiografía de los campos de Hitler y sus mecanismos sociales de funcionamiento, y la segunda, su vivencia en ellos. En 1949 decide publicar en el periódico *Le Figaro* un alerta sobre lo que sucedía en la URSS. El revuelo fue gigantesco y los vituperios también, pero el debate generado cumplió sus objetivos. Sartre acusó a Russet de hacerle el juego al antisovietismo y de ofrecer una denuncia parcial, pues en ella no se hacía mención al colonialismo europeo ni al racismo imperante en los EEUU. Lo cierto es que un elemento no anula al otro y mucho menos lo justifica. En una comparación de mal gusto Sartre dice que estos centros de detención son “las colonias de la Unión Soviética”.

En el “reclutamiento” hacia las colonias penitenciarias la Cheka, o NKVD o KGB (tuvo otros nombres) desempeñó un papel activo. El *headquarter* de este órgano era un mastodóntico edificio llamado “La Gran Lubyanka”. Una broma popular decía que desde sus sótanos se tenía una gran vista, pues se alcanzaba a ver la Siberia. En la mayoría de los casos no había escala y el pasaporte era directo al “holo i golod”, es decir, al frío y al hambre.

Este es un siglo de tristes paralelismos, donde la Historia se recicla una y otra vez bajo la máscara de diferentes mitos. No importa que se llamen Hitler, Stalin, Hoxha, Mao, Pol Pot, Somoza, Duvalier, Amin Dadá, Agustín Bizimungu, ni el continente que sea, en esta confusión no se sabe quién es *alter ego* de quién.

Para seguir con esta historia, otro paralelismo: a la entrada de Auschwitz los alemanes colocaron la siguiente inscripción: “Arbeit macht frei”, que se traduce como “El trabajo libera”. En los campos soviéticos una inscripción similar daba la bienvenida: “El trabajo honra”. Bajo esas condiciones prefiero no ser ni libre ni honrado.

Se conoce que el Holocausto costó la vida de 6 millones de judíos y se estima que entre eslavos, comunistas, homosexuales, Testigos de Jehová, y otros, la cifra de los que perdieron sus vidas a manos del nazismo llegaron a los 11 o 12 millones. Por otro lado, bajo el estalinismo, la cantidad de ucranianos, letones, armenios, uzbekos, rusos, etc., no son muy exactas, por lo que no me aventuro a dar siquiera aproximados.

Luego del viaje de Colón se comprobó que el mundo no es horizontal, es casi redondo. Lo mismo ocurre, a mi modo de ver,

con las doctrinas políticas en el espectro que se abre a derecha e izquierda. Los extremos -entiéndase extremistas- van tan lejos que en los polos encuentran puntos en común y los dedos de unos tocan los de otros. “La muchedumbre no está en condiciones de discernir dónde comienza la ilegalidad extranjera y donde termina la nuestra”, así escribía Hitler en *Mi lucha*. Me pregunto si en la Constitución soviética de 1936 se estipulaban los crímenes y atropellos cometidos en los Gulags –y en otros lugares. ¿Estas “faltas” romperían solamente con la legalidad socialista? La ley reinaba sobre el papel. La realidad hacía resurgir el casi olvidado principio *suprema lex regis voluntas*<sup>2</sup>. En relación con el régimen de Stalin, concuerdo con Bertrand Russell, quien expresó en el ensayo *Escila y Caribdis, o comunismo y fascismo*:

“Mis objeciones al fascismo son más simples que mis objeciones al comunismo, y, en cierto sentido, más fundamentales. El propósito del comunismo es un propósito con el cual, en conjunto, estoy de acuerdo; mi desacuerdo se refiere a los medios más que a los fines. Pero en el caso del fascismo me disgustan tanto los fines como los medios”. Evidentemente, el Gulag no es un medio.

En 1970 la Academia Sueca confería el Premio Nobel de Literatura a un escritor soviético, Alexandr Solzhenitsyn. Su libro *Archipiélago Gulag* va más allá de una obra literaria. Es un pedazo de Historia narrada por poco más de 200 sobrevivientes -incluyéndolo a él- acerca de un tipo especial de institución que atravesó transversalmente un sistema y dejó millones de víctimas, victimarios y cómplices. Asfixiante testimonio que continúa el trayecto de Chéjov y Dostoyevski, pero le sobrepasa en intensidad y horror.

El Gulag sobrevivió a la muerte de Stalin, disminuyó su “índice de preferencia” pero no dejaron de funcionar oficialmente hasta 1960. Algunos autores piensan que su fin realmente estuvo en los años 80. Hoy existe reticencia sobre el tema. Esta institución forma parte del patrimonio simbólico del silencio y la negación. Un recuerdo de las deformaciones en el intento por construir el bello ideal de la humanidad.

*Ergo*: Los méritos de la Unión Soviética son innegables, pero el Sol también tiene sus manchas y no se pueden ocultar con un dedo. Cuando se empeña en hacer de la Historia un mito, llega la vida, pasa factura a los guiones y recetas, y pocas veces perdona. El precio fue alto; luego de 1991 los restos del “oso” apenas flotaban en el pantano de un capitalismo *savage*.

Notas:

(1) Frecuentemente se incurre en el error de pensar que proletariado es sinónimo de obrero. No, proletario es el individuo que vende su fuerza de trabajo (se convierte en mercancía), ya sea en una fábrica o en un sembrado.

(2) “la ley suprema es la voluntad del rey\monarca”.